



ha desplazado y silenciado a gestores, creadores y líderes, sino que también ha afectado dimensiones esenciales de la cultura como el arraigo, la identidad, la cohesión social, la capacidad de encontrarse y las tradiciones. “La respuesta del Estado frente a los ocho millones de desplazados que existen en el país es restituir las tierras. Y claro, eso es necesario. Pero el territorio es mucho más que el aspecto físico: es las relaciones afectivas, las producciones culturales hechas por las comunidades, el arraigo comunitario. Eso es lo que se ha perdido. Ese es el tamaño de la tragedia”.

LA LLEGADA

Don Gu esperó afuera de la oficina de atención a víctimas del terminal hasta que abrieron. Cuando pudo entrar, lo mandaron a sentarse en una silla

frente a un abogado que comenzó su informe escribiendo: “Siendo las 7:52 de la mañana del día 15 de marzo de 2018, se acerca al punto de atención de la Personería de Bogotá ubicada en el terminal, el señor Gustavo Colorado (...) para rendir declaración bajo la gravedad de juramento por los hechos de desplazamiento forzado y amenaza”. Don Gu le contó que venía de un sector llamado La Ciudadela, donde la gente vive de la pesca y el cultivo de plátano, cacao, yuca y coca. “El señor manifiesta que desde hace catorce años realiza una labor social con jóvenes, niños y muchachos drogadictos que no tienen oportunidades”.

Explicó que enseñaba danza, música y fabricación de instrumentos, y que ese trabajo no le representaba ningún dinero. Que él se ganaba la vida criando pollos y ejerciendo la carpintería. Y

Don Gu llegó desplazado a Bogotá el pasado 15 de marzo.

que su esposa, Maryuris, aportaba al hogar con lo que recibía por limpiar concha y camarón. “El señor relata los sucesos y llora”. Don Gu le contó que en el sector en que vivía hay grupos armados al margen de la ley que se disputan el territorio y que utilizan a los jóvenes para extorsionar, amenazar y vender droga. Luego habló de las intimidaciones, cada vez más directas, y de su decisión de huir dejando en Tumaco a su esposa y a sus hijos: Lucía, de 16 años, y Keiner, de doce.

Seis horas después de rendir declaración, un carro de la Cruz Roja lo llevó junto a otras dos familias desplazadas a un albergue de la Alcaldía de Bogotá, cerca del centro de la ciudad. Dos semanas después, su familia llegó a Bogotá y también se declaró desplazada. Los cuatro permanecieron en el albergue casi un mes, y en